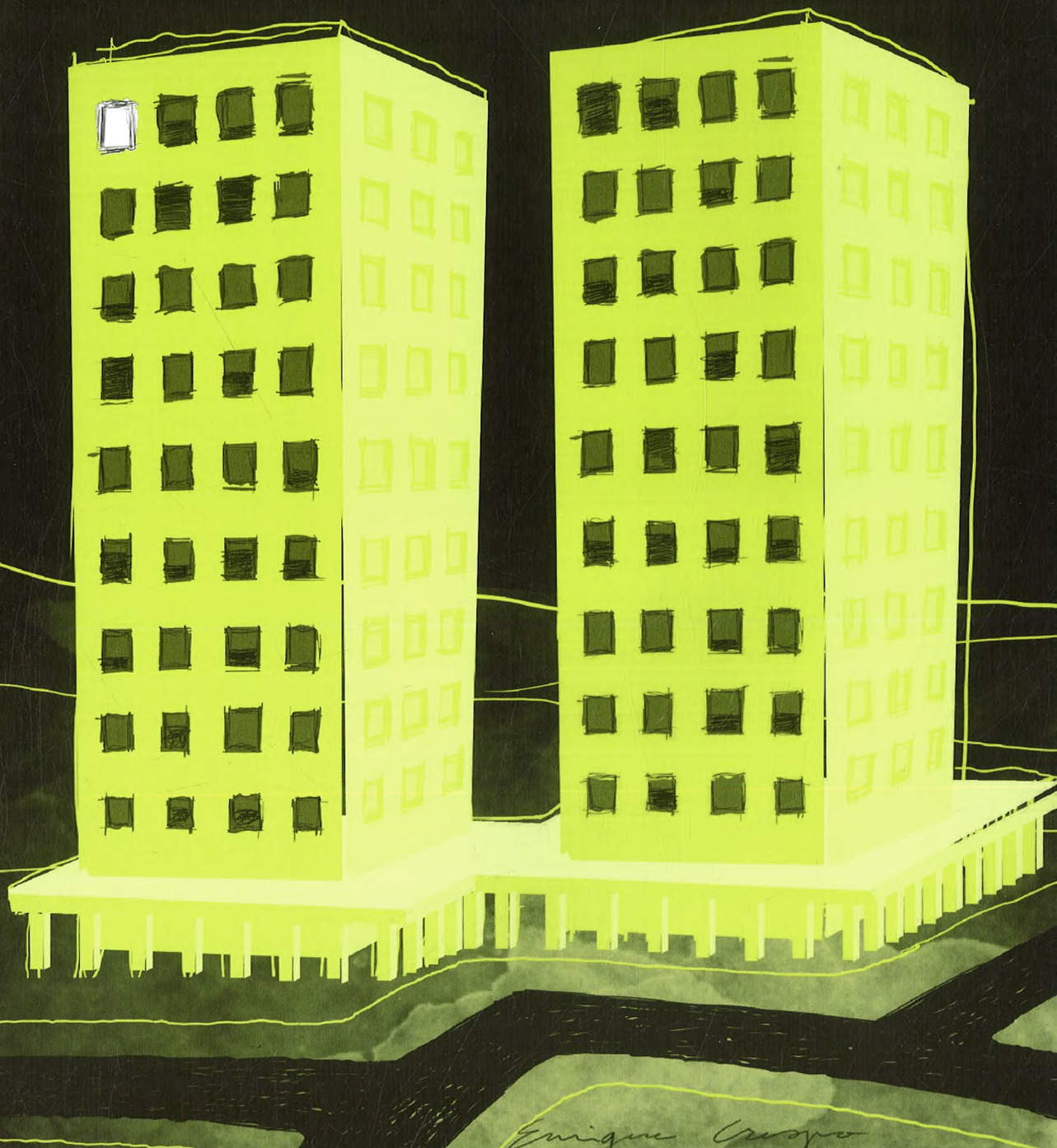
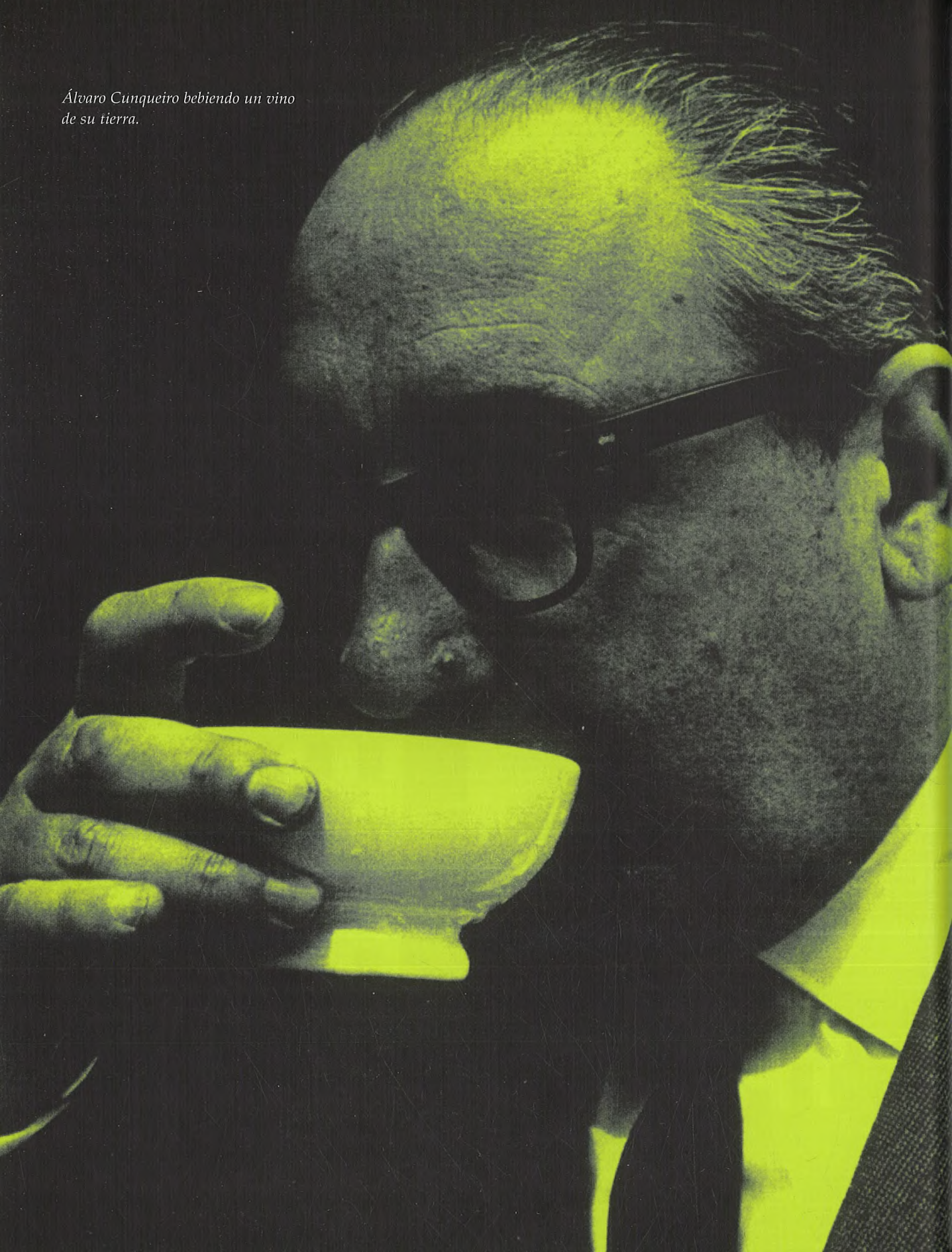


— APARECERÁ EN PRIMAVERA: —
LOS LIBROS IMAGINADOS POR ÁLVARO CUNQUEIRO

• Fernando Valls



*Álvaro Cunqueiro bebiendo un vino
de su tierra.*



APARECERÁ EN PRIMAVERA:
LOS LIBROS IMAGINADOS POR ÁLVARO CUNQUEIRO

Para Pere Gimferrer que preguntó.

Un libro no escrito es algo más que un vacío.

Acompaña a la obra que uno ha hecho como una sombra irónica y triste.

Es una de las vidas que podríamos haber vivido.

GEORGE STEINER

No tengo noticia de que exista una historia de la literatura imaginada, de aquellos libros maquinados y nunca escritos, o sólo parcialmente compuestos, e incluso de los textos que a alguien le hubiera gustado escribir, pero que ni siquiera llegó a proyectar, dejando sólo en la memoria su contenido nebuloso o acaso un mero título. Alguien con el gusto y los conocimientos de, por ejemplo, Alberto Manguel, debería emprender tamaña empresa, que podría mostrarnos los deseos inalcanzables, aquello que los escritores proyectan pero no tienen fuerzas, o tiempo, de llevar a buen puerto, o acaba convirtiéndose meramente en una ilusión irrealizable, quizá por imposible, o porque se conformaron con el mero esbozo de la idea. Existe algún ejemplo, que pudiera servir como punto de partida. Se trata del reciente libro del ensayista George Steiner, *Los libros que nunca he escrito* (Siruela, Madrid, 2008), cuya publicación propició entre nosotros un reportaje en *El Cultural. El Mundo* (19 de junio del 2008, pp. 10 y 11), titulado "Mi obra imposible" en el que opinaban sobre el asunto, entre otros, Álvaro Pombo, Carme Riera, Eduardo Mendoza y Fernando Savater.

Puesto que esta materia da mucho de sí, como de inmediato podrán observar, voy a centrarme en esta ocasión en la trayectoria de Álvaro Cunqueiro, quien

no en vano en una carta de 1961 se incluía entre los mercuriales, aquellos seres “dados a imaginar como hechas cosas que solo son impulsos mentales, imaginación. Generalmente el mercurial acaba enfermando del hígado” (1). El caso es que en diciembre de 1961, el escritor gallego se enzarzó en una polémica con el poeta Ramón González Alegra, con motivo de la reedición ampliada, en Giner, de *Ángeles de Compostela* (1940), la obra de Gerardo Diego. Este interés de Cunqueiro por la angeleología debió de empezar en 1948, si no antes, que seguramente sí, cuando Gonzalo Torrente Ballester publica su *Compostela*, en la editorial Afrodisio Aguado (reeditado en 1984, en Destino, como *Compostela y su ángel*). Lo cierto es que la curiosidad de nuestro autor daría sus frutos por primera vez, al menos en forma de libro, en la *Historia del ángel Adriel, guardián de la puerta sur del Paraíso*, (Publicaciones Españolas, Imp. del Faro de Vigo, 1967), volumen que no he conseguido ver.

Poco después, en enero de 1969, con motivo de la obtención del Premio Nadal, le comentaba a la prensa que tenía entre manos un *Diccionario de ángeles*. Y unos meses más tarde, le repite al periodista Antonio R. de las Heras que está trabajando en “un diccionario de ángeles, con los santos y caídos” (*ABC*, 17 de abril de 1969). Al año siguiente, L. Conde Rivera anuncia en el mismo diario, el 15 de octubre de 1970, que Cunqueiro está preparando el citado diccionario, el cual se pondrá a la venta durante la próxima primavera. En el mismo sentido, cuando José Francisco Armesto, según firmaba entonces su futuro biógrafo antes de galleguizar su nombre, lo interroga sobre su ya anunciado *Diccionario de los ángeles*, Cunqueiro le responde: “[Estará] para muy pronto. En la actualidad estoy ocupado con el índice”. Y tras otra pregunta del periodista, le aclara que la mitad de esos ángeles serán buenos y la otra mitad malos, aunque –precisa- “a nosotros nos llaman más la atención los malos, como la vida misma” (*ABC*, 13 de julio de 1975).

En el libro que Francisco Fernández del Riego, uno de sus mejores amigos, le dedicó al autor de *Merlín y familia*, nos recuerda lo que nuestro escritor le contó al respecto. Se trataba –apunta- de un *Diccionario de ángeles y demonios*, compuesto por siete mil entradas, número que considera pequeño, pues –según Cunqueiro- existían ya clasificados 1.343.000 (*sic*). El caso es que proyectaba incluir ángeles y demonios “de tradición mística”, procedentes de los diferentes sectores del cristianismo: italianos, portugueses, ángeles y demonios ingleses del siglo XVIII, y el “diablo cojuelo”, de tanta importancia en la brujería española del XVIII (2).

1 Cf. *Saiban cantos estas cartas viren... Álvaro Cunqueiro y Alberto Casal (1955-1961)*, Cadernos Ramón Piñero (XXIII), Santiago de Compostela, 2012, p. 143.

2 Vid. Francisco Fernández del Riego, *Álvaro Cunqueiro e o seu mundo*, Ir Indo Edicións, Vigo, 1991, p. 175.

En una de las muchas entrevistas que se recogen en la imprescindible recopilación de Ramón Nicolás, Cunqueiro vincula explícitamente el interés por los ángeles con su propia poética. Así, tras rechazar el concepto de literatura de evasión, aclara que las verdades en las que él cree, la ficción que cultiva, trata “de sus sueños, de sus esperanzas, de sus frustraciones... Yo puedo escribir de ángeles, porque sueño con ellos, y porque creo en su existencia; y otro escritor puede contarnos la dura vida de un minero. Los dos decimos la verdad: yo la verdad de los ángeles, él la verdad de la vida en la mina” (3). Cuando se afirma que Cunqueiro fue un gran fabulador, solemos referirnos a todos los aspectos de su existencia, no sólo a su obra escrita, pues, en cierta forma, podría decirse también que reinventó su vida y su quehacer literario, dando por concluidos libros que apenas si había empezado, aunque de alguno de ellos, como se verá, tenía una idea bastante precisa de lo que podría haber sido. Lo que resulta indudable es la compañía que le hicieron todos esos libros no escritos, apenas pensados, o en el mejor de los casos, compuestos a medias.

Si viajamos en el tiempo unos veinte años más, en una época en la que Cunqueiro había fallecido, nos topamos con un artículo de José Asenjo Sedano, Premio Nadal con su novela *Conversación sobre la guerra* (1977), en donde este recuerda haber asistido en Cádiz a una conferencia del autor de *Merlín y familia* sobre los ángeles (*ABC*, 23 de abril de 1995). Y unos años después, en el 2000, en un artículo aparecido en *El Cultural*, del diario *El Mundo* (3 de mayo), Francisco Umbral incluye a Cunqueiro en su sección titulada *Los alucinados*. En una entrevista, resulta difícil afirmar si real o fingida, le pregunta por su libro sobre los ángeles, que seguía sin publicarse, a lo que éste le contesta con cierta sorna: “No puedo terminarlo porque hay un ángel que no acaba de aparecérseme. Lo espero todas las noches, pero nada”.

Habrà que dejar pasar el tiempo un poco más para que en el 2007 la editorial Trea publique once textos bajo el título de *De ángeles y demonios*, en una edición de lujo (700 euros) y tirada reducida (4). Junto al ya citado libro de 1967, debieron de ser probablemente los únicos escritos efectivos que compuso Cunqueiro para ese *Diccionario de ángeles* que tantas veces anunció y que nunca consiguió acabar.

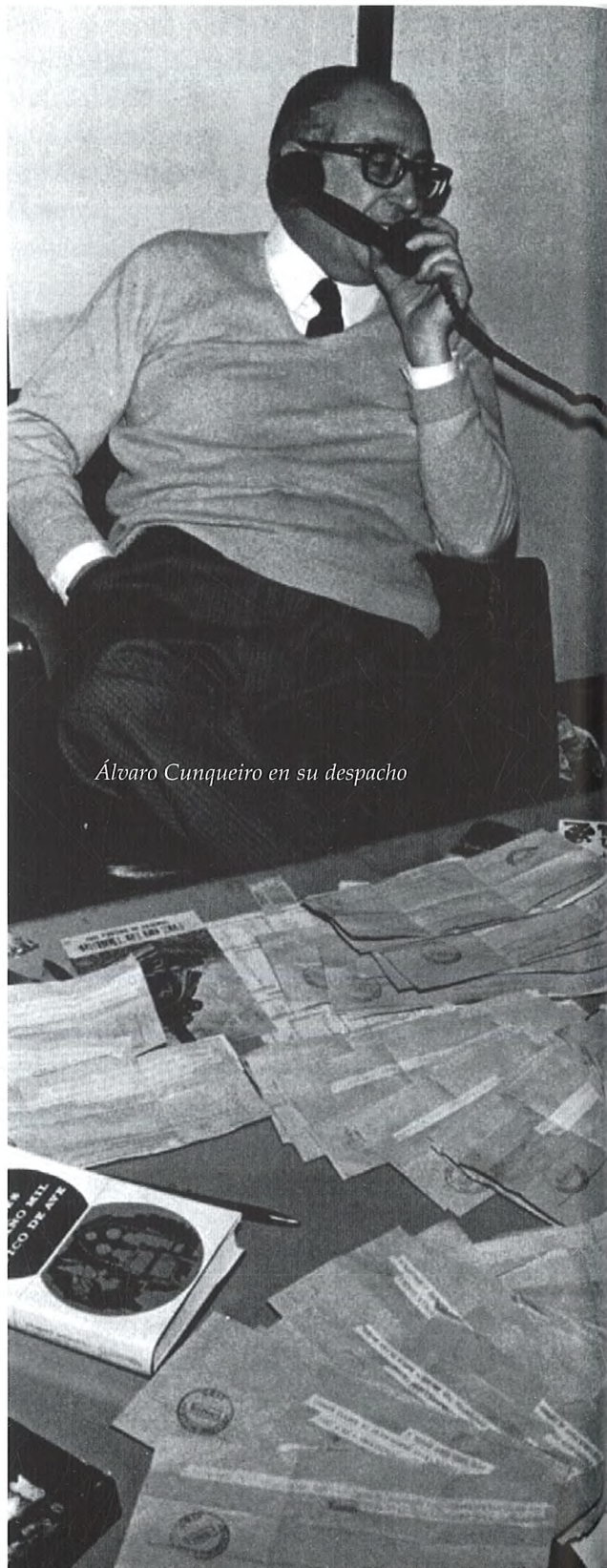
3 Vid. Ramón Nicolás, ed., *Entrevistas con Álvaro Cunqueiro*, Nigra, Vigo, 1994, p. 114.

4 En el número 37 de la revista *Los Cuadernos del Norte*, correspondiente a 1986, apareció un artículo de Cunqueiro titulado “Sobre ángeles y demonios”, que formaba parte de este proyecto inacabado. Puede verse, traducido al gallego por Concha Martínez Mayo y Maricame García Ares, con el título de “Sobre anxos e demos”, en la recopilación de conferencias y artículos del autor, titulada *Universo Cunqueiro*, Sotelo Blanco, Santiago de Compostela, 2005, pp. 77-104.

Sabido es, por lo demás, que los ángeles son un motivo omnipresente en toda la literatura del siglo XX. Por no alejarnos demasiado en el tiempo, aparecen en Rilke y en D'Ors ("cada uno en su vida tiene su destino y para eso se ha creado el Ángel Custodio, que no es más que la vocación o el destino", le comenta D'Ors a Perucho), pero también en Lorca y Alberti, y en el narrador Juan Eduardo Zúñiga, en su extraordinario microrrelato "El ángel", recogido en *Misterios de las noches y los días*. Y es un motivo literario que probablemente heredan de D'Ors tanto el autor de *Las historias naturales* como Cunqueiro (5).

Compartió también con Perucho el gusto por el cultivo del retrato y la vida imaginaria, a la manera de Pater y Marcel Schwob. Así, en "Castracani da Luca", artículo recogido primero en *Laberinto y Cía*. (Táber, Barcelona, 1970) y luego en sus *Viajes imaginarios y reales* (Tusquets, Barcelona, 1986), confiesa otro de sus proyectos inconclusos: "Yo, una vez, hace ya muchos años, escribiendo un libro, que quedó inédito, de retratos imaginarios -con aquella manera fantástica y evocadora del gran Walter Pater, que era entonces mi duque, mi maestro y mi señor-, dibujé una

5 Entre los diccionarios de ángeles y similares de que tengo noticia, pueden verse los de Gustav Davidson, *A Dictionary of Angels, Including the Fallen Angels*, Free Press, Nueva York, 1967; Massimo Izzì, *Diccionario ilustrado de los monstruos, ángeles, diablos, ogros, dragones, sirenas y otras criaturas del imaginario*, Olañeta, Palma de Mallorca, 1996; Simon Cox, *Diccionario de ángeles y demonios*, Edaf, Madrid, 2004; Emmanuele Morgane, *Diccionario práctico de los ángeles*, Robinson book, s.l., 2007; y Richard Webster, *Encyclopedia of Angels*, Llewellyn, Woodbury, MN, 2009.



Álvaro Cunqueiro en su despacho

vida del *condottiero* [Castruccio Castracani da Luca], haciendo de paso el elogio de aquel *ordo lunatus* que él usaba para la infantería ligera, y de las arengas que solía en las mañanas de las batallas" (p. 149).

Sigamos ahora con los otros muchos libros imaginados por nuestro autor. Al respecto, el escritor Carlos G. Reigosa ha recogido el testimonio del veterano periodista gallego Celso Collazo Lema, según el cual, después de la guerra, al regresar Cunqueiro a Mondoñedo habría concluido una novela titulada *El carro de heno*. De ser ello cierto, hubiera sido la primera de las suyas. Por lo que sabemos, el título de esta narración estaba inspirado en el cuadro de El Bosco, en el proverbio que parece ilustrarlo: "El mundo es como un carro de heno y cada uno coge lo que puede". Así, sintetiza Reigosa, la obra consiste en una metáfora de la peregrinación humana a través del mundo; aunque en este caso, los pecadores no están condenados a las penas del infierno, puesto que sus culpas resultan meras fantasías, producto de la imaginación o de los sueños. Y quizá por ello, continua la leyenda oral, Cunqueiro contaba a quien quisiera oírle y creérselo que con ese libro había obtenido el Premio Mark Twain de novela dotado por la Universidad de Chicago con mil dólares. Lo sorprendente es que, dado que la noticia llegó a darla un periódico, el escritor -repetiendo pasadas aventuras madrileñas- la utilizó como aval para que un maderero de la Mariña lucense le anticipara esa cantidad, cosa que al parecer no ocurrió... (6). Pero todo ello no es sino otra prueba más de que las leyendas alrededor de las obras inacabadas de Cunqueiro no solo las fomentaba él mismo; antes bien, otras gentes de aquí y de allá adoptaban métodos semejantes para reproducirlas, matizarlas o amplificarlas. Quizás el caso más significativo, su mejor discípulo, lo constituya ese gran narrador que siempre fue Carlos Casares.

En el citado libro de Fernández del Riego se alude en diversas ocasiones a estos proyectos imaginados, a veces también rumiados e incluso iniciados, pero casi nunca concluidos. Así, en un momento impreciso, pero entre 1960 y 1961, Cunqueiro le cuenta a su amigo que anda trabajando en dos nuevos libros: *La batalla de los cuatro reyes* y *Las selvas vagabundas*. Del segundo no tengo ninguna otra noticia (7). Pero pronto, en 1963, le vuelve a anunciar que tiene entre manos cua-

6 Cf. Carlos G. Reigosa, "La novela que Cunqueiro soñó" y "De Rogelia al viejo de la ceniza", *La Voz de Galicia*, 17 de diciembre del 2011. Estos interesantes artículos, aparecidos una vez concluido mi trabajo, aportan nuevos y valiosos datos y testimonios al tema. Así, por ejemplo, se recuerdan otros libros que también imaginó nuestro escritor y que no suelen citarse, como ocurre con *Los siete contra Tebas*, singular relectura -por lo que sabemos- de la tragedia de Esquilo; o *El descanso del barquero*, título de una serie de la que formaba parte *El caballero, la muerte y el diablo*, que tampoco completó.

7 Quizá sea la pieza de teatro que en la correspondencia con el notario Alberto Casal (carta fechada el 7 de fe-

tro nuevos volúmenes: la novela *A casa*, a la que más adelante nos referiremos; *A batalla dos catro reis*, ahora con el título en gallego; una recopilación de narraciones: *Novos contos galegos*; y, por último, el único que concluyó, que estaba compuesto por dos tomos en los que recogía los artículos de su sección *El envés*, aparecidos en *El Faro de Vigo*. Así las cosas, el libro doblemente aludido debió de corresponderse con el titulado finalmente *El año del cometa con la batalla de los cuatro reyes*, que Destino publicó en 1974. En una carta sin fecha, hasta ahora inédita, pero escrita en los primeros setenta (el encabezamiento reza: “Mondoñedo, día de Santo Tomás. / Árboles en flor, y canta la alondra. / Viento S.S.W., muy amigo”), le cuenta al poeta y crítico de arte José Corredor-Matheos:

“Yo escribo cerca de treinta artículos cada mes, y ando con dos libros a un tiempo. Uno de ellos, una novela, *La batalla de los cuatro reyes*, acaso la presente al Planeta. Y, encima, versos. Acabo de terminar un largo poema en gallego, ‘Segunda Morte de Francesca’, ratones en los frágiles huesos, -restos humanos en verde tierno caídos-, de la enamorada” (8).

Desconozco si llegó a presentarse al premio Planeta, pero mucho me temo que el poema en gallego tampoco apareció nunca.

También le contó Cunqueiro a don Paco que *Las mocedades de Ulises* (1960) formaban parte de una trilogía que se completaría con otras dos novelas, de título *Las mocedades de Fausto* y *Las mocedades de Alonso Quijano*, respectivamente. Aunque según testimonio del escritor Miguelanxo Murado, que asimismo recoge Reigosa, la tercera mocedad estaba dedicada al Cid. En todos los casos, no obstante, se trataba de mostrar distintas formas de aprendizaje, de iniciación a la madurez, a partir del ejemplo de ilustres personajes literarios. Proyectó, además, una *Historia das tabernas galegas*, que sólo inició (se publicaron “O Casal de Acuña” y “O Padre Benito”), pero que nunca llegaría a acabar. De este mismo universo literario debía formar parte la novela *A taberna de Galiana*, de la que luego nos ocuparemos (9).

brero, 1958-1959) denomina *Las inmensas selvas*, de “tema misterioso”. Vid. Saiban cantos estas cartas viren... Álvaro Cunqueiro y Alberto Casal (1955-1961), *op. cit.*, pp. 40 y 92.

8 Debo el conocimiento de esta misiva a la amabilidad de José Corredor-Matheos, quien entonces trabajaba como editor para Espasa Calpe, coordinando los suplementos de la *Enciclopedia Espasa*, en los que colaboró Cunqueiro, realizando balances anuales sobre la literatura gallega, trabajos de los que nadie se ha ocupado por el momento, que yo sepa.

9 Cf. Francisco Fernández del Riego, *op. cit.*, pp. 102, 118, 120, 174, 175, 190 y 195.

En la correspondencia que mantuvo con Fernández del Riego también encontramos un par de alusiones a libros que tenía pensado escribir y que tampoco concluyó. Así, en una misiva de 1954, le cuenta que si cuando apareciera *Merlín...* se vende, piensa hacer dos libros más en prosa gallega, “en dúas calidades de prosa diferente”, uno de ensayos y otro de poemas en prosa, a la manera de *Gaspard de la Nuit*, de Aloysius Bertrand, pionero del género en 1842. Poco después, tras la lectura de un libro sobre Chaucer, en 1955, le explica a su amigo y corresponsal que está tratando de llevar a cabo una recopilación de textos sobre los grandes idiomas europeos que sirva de guía para aclarar el estado actual de la lengua gallega ⁽¹⁰⁾.

Cuando en julio de 1969 Cunqueiro viaja a Venezuela, invitado por la Hermandad Gallega de Caracas, anuncia que está acabando otra novela en su lengua materna titulada *A casa* ⁽¹¹⁾. Lo que sabemos de este inexistente libro se lo debemos, una vez más, al testimonio de Fernández del Riego, quien nos aclara que iba a ser una narración realista, aunque sin abandonar ciertos componentes imaginativos, con la que pretendía relatar la última noche transcurrida en su propia casa (la misma pero diferente, en función del testimonio de cada uno de los personajes) de una familia de emigrantes momentos antes de partir hacia América (según don Paco, el destino es Europa), en busca de trabajo, cada cual con sus propios recuerdos y esperanzas a cuestas ⁽¹²⁾.

En la conversación que mantuvo con Joaquín Soler Serrano en el programa *A fondo* (1978), anuncia Cunqueiro que se halla preparando un nuevo volumen: “He terminado una novela larga -la más larga de todos los libros que he escrito- que se titula *Ceniza en la manga de un viejo*. Saldrá para la primavera, supongo. Bueno, ceniza en la manga de un viejo es todo lo que queda de la vida cuando la vida va a terminar. Es la autobiografía de quien escribe el libro, no la mía, de quien escribe el libro que no sabe distinguir casi entre lo vivido y lo imaginado”. Estas mismas intenciones se las ratificará al citado Armesto (*ABC*, 13 de julio de 1975), tras precisar además: “Se trata de una novela larga, que dentro de unos días daré para la imprenta”. El título proviene de un poema de los *Cuatro cuartetos*, de

10 Vid. Álvaro Cunqueiro, *Cartas ao meu amigo. Epistolario mindoniense a Francisco Fernández del Riego. 1949-1961*, Galaxia, Vigo, 2003, pp. 93 y 95. Ed. de Dolores Vilavedra.

11 Vid. el despacho de *EFE*, publicado en *ABC*, 29 de julio de 1969.

12 Elena Quiroga, *Presencia y ausencia de Álvaro Cunqueiro*, Real Academia Española, Madrid, 1984, pp. 112 y 113, nos proporciona una versión algo distinta. De este trabajo tomo también información sobre estos libros nonatos. Pero aunque la escritora santanderina dé por hecho que todos ellos iban a escribirse en castellano, otros testimonios, incluidos los del propio autor, apuntan a que no siempre iba a ser así.

T.S. Eliot, que Cunqueiro tradujo al gallego: “Cinza na manga dun vello/ é toda a cinza que das queimadas rosas resta” (13).

Por desgracia, un lustro después la novela seguía sin ver la luz, aunque en un comentario que le hace al periodista Pérez Mateos (*ABC*, 23 de febrero de 1980) le confiesa entonces que está preparando tres libros distintos: una novela en gallego, *A taberna de Galiana*, que pensaba dedicar a Ramón Piñeiro; y otras dos en castellano: *Ceniza en la manga de un viejo*, cuyos avatares conocemos, y *Los ríos invisibles*. Según las intenciones del autor, las novelas en castellano tendrían que haber aparecido en Destino, si bien tampoco llegaron nunca a publicarse, ni con esos ni bajo otros títulos.

Respecto a la novela en gallego, Fernández del Riego comenta con comprensiva sorna que aunque Cunqueiro llegó a empezarla, no pasó del primer folio... (14). Y en la que seguramente debió de ser la última entrevista que concediera un par de meses antes de morir, le explica a César-Carlos Morán Fraga lo siguiente: “Ahora estoy rematando *La taberna*, y vuelvo a lo mismo... Es la historia de una taberna que no existió, pero que la gente, alguna gente, encuentra cosas que dice las conoció –las supo– en la taberna de Galiana” (15). De este libro, sin embargo, nos dejó cuatro anticipos, el más antiguo de ellos publicado en *La Voz de Galicia* a finales de los años cincuenta, y el resto en el *Faro de Vigo*, y luego recopilado en su libro *El envés*, y en las revistas *Nordes* y *Grial*. Reigosa, por su parte, recoge un minucioso y temprano comentario del autor en *La Voz de Galicia*, de 1953, que por su indudable interés transcribo completo:

“Suponed que hay un camino que va por el mar, de Galicia a Bretaña –a la Grande y a la Pequeña Bretaña, a la del rey Artús y a la del vizconde de Chateaubriand-. Suponed que en el camino, en un lugar donde las verdes olas se comban como una colina, está la taberna de Galiana. Suponed que los fantasmas celtas y toda la gente del sábado aposentan allí y pagan portazgo. Suponed que un sábado cualquiera yo, desde una pequeña ven-

13 Elena Quiroga comenta (*op. cit.*, p. 113), en cambio, que le había oído decir que se trataba de un libro de memorias, aunque luego matiza que probablemente habría sido ambas cosas (*sic*). Según Xesús González Gómez (*Álvaro Cunqueiro, traductor*, Graficas Do Castro/Moret, La Coruña, 1990, pp. 66 y 67), Cunqueiro partió de las versiones al castellano que hizo Agustí Bartra (*Antología de la poesía norteamericana*, Plaza & Janés, Barcelona, 1974, pero con ediciones mexicanas, más reducidas, de 1952 y 1957), para sus traducciones de la lírica norteamericana, como ocurre en el caso de Eliot, aunque también señala varias excepciones.

14 *Vid.* Fernández del Riego, *op. cit.*, p. 175.

15 *Vid.* César-Carlos Morán Fraga, “Entrevista con Álvaro Cunqueiro”, en VV. AA., *Homenaxe a Álvaro Cunqueiro*, Universidad de Santiago, Santiago de Compostela, 1982, p. 380.

tana, veo entrar y salir los huéspedes. Suponed que cuando entra la *demoiselle* de Batz, mi corazón se apresura y me vienen a los labios turbadas y cálidas palabras de amor.

La taberna de Galiana, con su enseña del buey borracho –casi un buey portugués de cuerna amplia y palma-, era muy visitada por los viajeros que iban de Bretaña a Galicia por el camino de los mares. En la taberna de Galiana hacían los viajeros la última noche de su romería. Se dice que bajo la enseña del buey borracho la taberna tuvo, desde la más remota antigüedad, fama extraordinaria y que era cosa corriente que en ella acontecieran prodigios. El dueño era un orensano, el Casalón, gordo y reidor, hablador empedernido, algo bebido siempre y buen cristiano. Estaba casado con una moza bretona, hija de un senescal” (16).

Quizá por ello, Reigosa recordaba recientemente en un curso de la UIMP, celebrado en La Coruña, que Cunqueiro se había lamentado en alguna ocasión de no haber escrito más y mejores novelas, y que tenía la sensación de haber acabado sólo una mínima parte de aquellas que había concebido (17). Y según el siempre fiable testimonio de Fernández del Riego, el escritor gallego aseguraba hallarse comprometido consigo mismo, pues se sentía obligado a publicar un libro todos los años, al considerar que era uno de los responsables de enriquecer el idioma gallego. Y esta misma conciencia de cuál era su papel, sigo citando a don Paco, aunque amplió sus conclusiones sin modificarlas en esencia, fue la que lo llevó a cultivar todos los géneros literarios: de la poesía, a las distintas dimensiones de la prosa narrativa, pasando por el artículo, los libros de viajes y cierto ensayismo de corte biográfico (18).

Hace ya más de diez años, el 22 de noviembre del 2001, durante un coloquio celebrado en la Galería Sargadelos, de Barcelona, organizado bajo el marco de un congreso en homenaje a Álvaro Cunqueiro, Pere Gimferrer se preguntaba qué había sido de aquel *Diccionario de los ángeles* al que el escritor se había referido en diversas ocasiones. Con ese trabajo me he propuesto satisfacer lo mejor posible su curiosidad (19).

16 Para más detalles sobre este asunto, *vid.* Elena Quiroga, pp. 110-112, y Carlos G. Reigosa, *op. cit.*

17 *Vid.* “Reigosa: ‘Cunqueiro sentía que escribía la décima parte de lo que se le ocurría’”, *Faro de Vigo*, 14 de julio del 2011.

18 *Vid.* Francisco Fernández del Riego, *op. cit.*, p. 174.

19 *Vid.* VV. AA., *Álvaro Cunqueiro e as amizades catalanas*, Edición do Castro, La Coruña, 2003, p. 276. Ed. de Jordi Cerdà, Víctor Martínez-Gil y Rexina R. Vega.

Como pocos autores antes en la historia literaria, Cunqueiro era consciente de la enorme responsabilidad que, en calidad de escritor reconocido, tenía para con la cultura y las letras gallegas, desde la creación de una prosa narrativa moderna, hasta el cultivo de prácticamente todos los géneros, con el objetivo de contribuir a la normalización de su literatura. Recuérdese, sin embargo, que todo ello tuvo que llevarlo a cabo en las peores condiciones económicas e intelectuales posibles, en plena dictadura, con la censura acechando, y valiéndose de una lengua que, por entonces, no se estudiaba en la escuela, aparte de contar con pocos lectores, de ahí que no le resultase nada fácil vivir de la escritura y poder desarrollar su obra en libertad. Así, Cunqueiro tuvo que *pactar* –digamos– con el franquismo, ganarse la vida como periodista y escribir numerosos libros de encargo que debieron de distraerlo de su principal cometido. A cambio, nos proporcionó grandes libros en castellano, lengua en la que destacó como narrador y articulista de talento. Fue un escritor bilingüe, en efecto, pero no lo olvidemos, siempre contó que la cultura gallega en esencia era la suya, y que a pesar de utilizar el castellano con maestría, consideraba el gallego su lengua literaria junto con sus espacios y personajes, los cuales vivieran en Bagdad o en la Grecia clásica, estaban siempre pasados por el cedazo de su mirada gallega, de los hombres que habitaban las tierras de Miranda, bajo el inestimable amparo de los dioses del Pindo, como diría Ángel Basanta, buen amigo y gran cunqueiriano ⁽²⁰⁾.

20 Este texto fue escrito para el homenaje que el Consello da Cultura Galega, en colaboración con el Institut d'Estudis Catalans, le dedicó al escritor gallego, en Barcelona, el 15 de septiembre del 2011, en el que también participaron Basilio Losada, Pere Gimferrer y Jordi Gracia.